

Hombre de América

Por Rafael HELIODORO VALLE. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

NO se puede hablar de una cultura hispanoamericana, sino de la cultura en Hispano-América. Porque Hispano-América sólo tiene ricas posibilidades para crear una cultura. Una cultura que tiene que reconocer sus raíces en las de la América Antigua —la maya y la peruana—, y en las de España y de Francia, los dos países que más influencia han ejercido en la historia de nuestras ideas. Pero aunque Francia ha sido la patria intelectual de muchos hispano-americanos —desde que Rousseau y La Condamine y Bonpland y Montesquieu nos iluminaron con su genio—, los criollos de Hispano-América siguieron trabajando con las normas jurídicas, económicas y artísticas de España. Ha sido necesaria una larga batalla para que esas normas se modifiquen y busquemos lo muy nuestro, aquello que procede del español transformado por América y aquello que fué creación del indio que dió el maíz, el cacao, el pavo, la quina, la patata y tantas maravillas que han enriquecido a la economía mundial. No somos ni indios ni españoles sino hispano-americanos, y está mal que se nos llame latino-americanos; porque, si es verdad que a través de España recibimos la influencia de la latinidad, hay que tener muy presente que en España hubo también fenicios, árabes, judíos, visigodos y vascos; y que en América el indio del norte de México sigue siendo diferente del indio del sur, del de Centro América y del de Sud-América.

España nos dió nuevos modos de pensar, de sentir; pero no pudo conquistar del todo el alma del indio y mucho menos la del mestizo y la del criollo. La prueba es que tenemos problemas que todavía nos preocupan,

y uno de ellos es el del idioma: no todos hablamos el español de España en los países hispano-americanos, porque lo hemos ido modificando de acuerdo con nuestras necesidades. Seguimos creyendo que Cervantes, que Lope de Vega, que Calderón son nuestros escritores clásicos; admiramos la obra política y militar de Cortés y de Pizarro; admiramos lo bueno que España nos dió a través de sus legisladores, de sus maravillosos artistas y, de algunos de sus gobernantes ilustres; España nos envió algunos hombres de ciencia que son nuestra gloria. Pero lo que España nos dió en riqueza biológica, en riqueza artística, en todo lo bueno de Europa, fué engrandecido aquí por la contribución de los indios. Los idiomas indios aumentaron nuestro vocabulario; la flora y la fauna precolombinas pasaron a ser parte de nuestro vasto caudal; y en el fondo del alma del criollo y del mestizo siguen estremeciéndose las supersticiones, los instintos de las dos viejas razas de donde venimos.

La originalidad artística del español y del indio se mezclaron en la nueva sangre; la misma rebeldía, la misma ansia de crear, de darle a la vida lo mejor del hombre. Y aunque España vino a América, un siglo antes que los padres peregrinos del "Mayflower", la intolerancia, los privilegios de los dominadores, las magníficas tierras y los blandos climas, las frutas y las minas, y el "mañana será", explican por qué los Estados Unidos son superiores a nosotros en las ciencias aplicadas, en la devoción al trabajo, en la capacidad de organización. Nosotros, en cambio, podemos decir que tenemos un tesoro de arte que es nuestro orgullo. Los colonos ingleses tuvieron que luchar contra la nieve y el crudo invierno, contra el búfalo, contra la tierra árida; pero no tuvieron de enemigos a indios organizados como los que España tuvo que sujetar. Y cuando se emanciparon las Trece Colonias, los Estados Unidos nacieron sin el problema de la libertad de conciencia, con industrias, con técnica para explotar las riquezas naturales.

Un día también quisimos ser libres; pero teníamos herencias que nos han impedido triunfar. Al problema del indio que no habla español, se agregó el problema de la falta de técnicos para explotar nuestras tierras y dominar nuestras aguas; y luego surgió el problema de la casta militar, que fué la que llevó a cabo la independencia. En la misma casa quedamos viviendo gentes de la familia, pero de diferente educación, diferente economía, diferente modo de pensar. Y entonces surgieron los conflictos interiores y las guerras entre los vecinos. Aparecieron las dictaduras, algunas de ellas bestiales, y los pocos hombres que estaban preparados para resolver los problemas colectivos, porque habían viajado por Europa y los

Estados Unidos, o habían sido autodidactas, no tuvieron oportunidad para servir al pueblo. En medio de esa confusión, de esa desorganización, los únicos que pudieron soñar fueron los poetas y, los que pudieron trabajar fueron algunos pensadores en el destierro o a la sombra de generales victoriosos o aquéllos que, teniendo fortuna, se encerraron en sus casas y escribieron libros que hoy nos hacen preguntarnos cómo pudieron trabajar.

De vez en cuando aparecieron en América viajeros que invitaban al estudio de América, diciendo a los americanos las riquezas que tenían, el porvenir que podían esperar; un Humboldt, un Bonpland, un La Condamine, cuyo paso por México y la América del Sur se recuerda aún. En México fué director de la Escuela de Minas el sabio Fausto Elhuyar, el descubridor del tungsteno, y fué en México en donde Andrés del Río descubrió el vanadio. México había tenido, en tres siglos españoles, el primer colegio de estudios superiores, una de las dos mejores universidades de América, la primera escuela de Cirugía, la primera Academia de Bellas Artes, la primera expedición científica europea. El Perú era el otro gran centro de arte y de ciencia en que se elaboraban los esquemas de la nueva América. En Centro América había a principios del siglo pasado un hombre estudioso, José del Valle: con el venezolano Miranda fué uno de los precursores de la América que hoy estamos defendiendo, una América unida por la cultura y por la justicia, segura en la amistad, respetuosa de la palabra de honor.

Con Jeremías Bentham —cuyas ideas jurídicas y políticas influyeron mucho en las primeras leyes hispanoamericanas— apareció la influencia intelectual de Inglaterra; y con Broussais y con Claudio Bernard, cuyos libros orientaban el pensamiento médico, Francia hizo acto de presencia en nuestras Universidades. La buena cocina, la moda, la conversación —altas expresiones de cultura— ya habían llegado de Francia con aquellos virreyes españoles que hoy llaman “afrancesados”. Más tarde llegó Claudio Linati con la litografía, a revolucionar las artes gráficas, así como siglos antes el italiano Juan Pablos y el alemán Cromberger introdujeron la primera imprenta. Seguimos influenciados profundamente por Europa. Estudiar en las Universidades de París o de Cambridge, era realizar un sueño de gloria. Ser discípulo de Sims o haber escuchado a Pasteur, era lo increíble. La Cirugía, sobre todo, envió de Francia sus últimas técnicas y procedimientos; y el genio del mexicano Jiménez o de su discípulo Montes de Oca supo mejorarlas.

Hace justamente un siglo que viajó John Lloyd Stephens por las ciudades muertas de Centro América, Chiapas y Yucatán. Había estado

en Egipto, Arabia y Grecia, y le acompañaba un inglés, Frederick Catherwood, que había tomado dibujos al aire libre frente a Atenas. Aquellos dos viajeros se han immortalizado en un libro luminoso, clásico, para quienes estudian la América Antigua; esa América en que trabajarían como maestros consumados, años más tarde, los alemanes Selser y Uhle, y el norteamericano Squier.

Cuando el cubano Carlos J. Finlay encontró el mosquito transmisor de la fiebre amarilla, su compatriota Agramonte y el mexicano Liceaga colaboraron en la resolución de ese problema que hacía estragos en el Golfo de México. Y fué a fines del siglo pasado y principios del actual cuando pudo la América Española demostrar que tiene aptitudes para sobresalir en la ciencia: el médico cubano Albarrán, el cirujano mexicano Lavista, el argentino Roffo, los peruanos Tello el arqueólogo y Carlos Monge el biólogo, el arqueólogo mexicano Caso, el bibliógrafo chileno Medina, el matemático mexicano Sandoval Vallarta, entre muchos más. Y si hablamos de arte, la obra hispanoamericana continúa magnífica en la pintura mexicana que representan Orozco y Rivera y en la pintura peruana en que sobresalen Julia Codesido y José Sabogal. Hay un Renacimiento en América, en el que se están estudiando los esquemas del artista de la América Antigua y al que presta su eficaz ayuda el dinero de algunas instituciones de Estados Unidos: Carnegie, Rockefeller, Guggenheim, Huntington. Y ese dinero nos ha permitido que resuciten formas y letras y números que estaban sepultados en el misterio de las ciudades mayas de Copán, Chichen-Itzá, Uxmal, gracias a los maestros de Antropología y de Arqueología que se llaman Morley, Kidder, Lothrop, Tozzer, Boas, J. Eric Thompson.

Antes de que se hablara de la defensa continental y de la unión de las Américas, había comenzado la amistad de los hombres de estudio en ambas Américas. Los Estados Unidos nos han estimulado con sus economistas, sus historiadores, sus bibliógrafos, sus biólogos, sus geógrafos, sus agrónomos. Y la América Española sabe muy bien que la mejor biblioteca mexicana está en la Universidad de Tejas, la mejor biblioteca peruana en la Universidad de Duke, la mejor colección de libros y manuscritos para conocer la cultura maya en la Universidad de Tulane, la mejor colección de materiales para estudiar los fenómenos de la post-guerra en la Universidad de Stanford y una de las mejores bibliotecas hispanoamericanas en la de California.

Unos y otros estamos aprendiendo, y algo más: estamos conociéndonos mejor. Sin renunciar a lo que debemos a Europa y la América Antigua,

los hispanoamericanos aprovechamos la amistad intelectual de los Estados Unidos. Alguna vez decía un sabio español a un hombre de estudio mexicano: “Ustedes saben mucho, pero les falta orden”. Necesitamos ordenar nuestros tesoros de arte y de ciencia; necesitamos contar con biólogos nuestros que pongan en circulación nuestra vasta riqueza en la flora medicinal, con técnicos en industria, en caminos, en puertos. No nos basta ser simplemente países con materias primas, con pasado misterioso, con ciudades muertas, con indios mudos. Queremos que hablen esos indios y esas ciudades, que ese pasado se exprese en el canto y en el poema, en el muro y en la música. Queremos que la América Española sea una parte digna de la nueva América. La América muy próxima, en la que el hombre que en ella nació pueda gozar de América y trabajar por la creación de una nueva cultura. La América que sea un nuevo clima de historia, y en la que los hombres que se salven del incendio de Europa hallen una casa en la que valga la pena de vivir.

El nuevo mensaje

A cada pueblo corresponde una estructura económica diferente, un estilo de vida, una capacidad de creación. Verdad es que hay el hombre, como entidad universal —preocupado por idénticos problemas—; pero la Antropología trabaja sobre las diferencias del hombre. No puede prescindirse ni de lo prehistórico ni de lo telúrico. De allí que cada uno tenga su personalidad y que proclame el orgullo de haber dado al mundo un nuevo mensaje. Ese mensaje puede ser un cultivo, un invento, una técnica para investigar, un orden de ideas.

Por eso está bien decir —a pesar de lo que diga César Falcón— que México y el Perú han sido tierras que se han expresado, no importa que todavía no hayan dado una cultura, porque aún están en formación. No se trata de cobrar al mundo los numerosos aportes que México ha otorgado a la dicha de los hombres. No entendemos lo que ha querido Falcón decir: “Aquí, entre nosotros, este orgullo traveso, de parientes cercanos, se agiganta cuando sobre la misma línea de cobranzas, en un oscuro contrafuerte de los Andes surge, lleno de peruanidad, el egregio Jorge Basadre para decirle a los hombres y en particular a los españoles: “Vosotros nos habéis dado la rueda y el papel; el habla y la escritura, la arquitectura, el trabajo, el mundo, en suma; sí, es cierto, pero nosotros, oídlo bien, os hemos dado la patata, la quina y la coca. Estamos pagados”.

De aceptar la ironía, tendríamos que negar que, en el estado actual de las investigaciones, el indio de América fué un verdadero descubridor de formas y de esencias en América. O aceptar que no ha habido milagro griego ni Renacimiento Italiano ni España del Siglo XVI. Hasta hoy el historiador nos habla de culturas de primer grado, de culturas secundarias, de culturas mediterráneas, de un Occidente y de un Oriente. Alfredo Weber insiste en "los portadores del destino histórico, los agentes de los acontecimientos".

Mientras haya desigualdad biológica, diferencia geográfica, tiene que haber pueblos sumergidos en la niebla, y pueblos llenos de luz, enamorados de la vida, del goce, renovadores del vino, la música y la sangre. Hay unos que se han considerado con misión providencial y otros para quienes la vida sólo es deber. Los que han tenido aptitud para las ciencias aplicadas y los que se han entregado a la emoción estética. El Oriente, que se ha distinguido por sus mensajes iluminantes; el Occidente, que ha elaborado sistemas políticos y le ha dado a la máquina un sentido total.

La América que ha dado al mundo tantas cosas gratas y permanentes; que perfeccionó el número en piedras y códices y supo labrar la piedra y el jade, estilizar el pájaro y la serpiente, expresar inquietudes que más tarde los organizadores de la Eugenesia han tenido que reconocer; esa América ha sido algo diferente de otros pueblos.

En nada perjudica a la unidad de América apreciar las desigualdades que en ella se perciben. Hay tierras del maíz, del trigo, del arroz, porque la presencia del agua y del viento es aleatoria en unas y abundante en otras. Hasta en las transformaciones del idioma español, en el acento, se notan las diferencias. No fué el mismo español el que vino a la Nueva España que el que fué a la Nueva Castilla. Unos indios son alegres y otros tristes de muerte. Unos pudieron expresarse en jeroglíficos, y otros, los peruanos, sólo pudieron escribir su historia en telas y cántaros. No se trata de cobrar, sino de enriquecer el orgullo de cada grupo humano. No quiere eso Herbert Wells cuando nos dice que mil años antes de Cristo el chino logró domesticar al gallo. Pueden negar los antropólogos la existencia de razas puras; pero no que ha habido pueblos que trabajan y pueblos que duermen en espera del mañana, mágico maná. Quienes tratan de mejorar la posición del hombre, tienen que documentarse en el hecho biológico, en la estadística, en la clase de alimentación, la atmósfera circundante, para poder ofrecer soluciones a los múltiples problemas del hombre.